

DR. ROBERTO JIMENEZ MAGGIOLO

FILOSOFIA DE LA VIOLENCIA

Suponemos dañinos a los que discurren de manera distinta a nosotros, y suponemos inmorales a los que no se atienen a nuestra moral. Suponemos escépticos a los que no comparten nuestras ilusiones, y ni siquiera nos preocupamos de saber si alientan otras.

ANATOLE FRANCE
(El Jardín de Epicuro)

INTRODUCCION

La **violencia**, cuyo concepto general ameritará ponerse en claro por sus diferentes enfoques, desde los predios de la Filosofía no se ha considerado debidamente, tal como se ha hecho desde el punto de vista sociológico, psicológico o histórico. Sin embargo, aunque los enfoques éticos ya no son exclusividad de la filosofía, sino de todas las disciplinas del hombre, es en el pensar reflexivo donde puede valorarse debidamente con el concurso de las otras ciencias que la estudian, porque la violencia representa algo inherente a la personalidad y a la vida del hombre —como homo sapiens, homo loquens y homo faber a la vez— y querer dar la espalda a esta realidad o menospreciar su importancia por considerarse sólo un vicio intolerable, es desperdiciar la oportunidad de su justa valoración como algo negativo o positivo, para derivar ideas o preceptos dentro del marco de la educación, como nos proponemos en esta ocasión. Descalificar al hombre porque la más de las veces reacciona con algún tipo de violencia, es estar fuera de la realidad y no entender lo que decía al comienzo de los tiempos civilizados Sófocles: “hay muchas maravillas, pero nada es más maravilloso que el hombre”. Y, sin embargo, aunque la sensatez, el conocimiento y la filosofía

nos inclinen a admitir la frase del griego, porque realmente el hombre es una maravilla del universo, también tendremos que admitir con Eric Fromm, que al preguntarse si el hombre es lobo o cordero o por qué su vida no es la del cordero, asienta con veracidad: "porque su historia se escribió con sangre; es una historia de violencia constante en la que la fuerza se usó casi invariablemente para doblegar su voluntad".

Los sociólogos, entre otros, afirman que la violencia es una característica del ser humano y para pensadores como Desclée de Brouwer, consideran "que es una compañera molesta que le resta dignidad racional a la persona y que representa el dominio de la 'bestia' sobre la inteligencia". Mas, eso que otros llaman una "contra-cultura" no solamente es inherente al ser humano, sino quizá lo que le hace abrir caminos en la existencia y el hombre rebelde, el hombre que dice que no y busca nuevos rumbos, es el hombre que "hace" conciencia. Por ello Albert Camus piensa que la conciencia nace con la rebelión y que "aunque todo valor no implica la rebelión, todo movimiento de rebelión invoca tácitamente un valor".

En estas reflexiones filosóficas, veremos encontradas las opiniones y los anhelos de hombres que no comparten los mismos credos de moralidad o de ética; desde los que expresan llanamente que "la violencia es siempre violencia" como Gandhi (o "la violencia siempre es pecado") hasta los que creen que la dignidad del hombre se compromete o desaparece con la sumisión y la esclavitud, por lo cual, sin pretender ni insinuar en cuál bando está la razón, pretendo al menos aportar algunas luces a aquellos que, embuidos en los problemas específicos de sus ciencias, no tienen tiempo o no poseen las herramientas o métodos que maneja el filósofo, o más modestamente, los que transitamos los fragantes senderos de la Filosofía.

EL CONCEPTO O CONCEPTOS SOBRE LA VIOLENCIA

El concepto de violencia en terreno filosófico, no escapa a su casi inmediata connotación en lo político.

En un sentido muy general "es el carácter de un fenómeno o un acto que es violento" o se dice también "hacerse violencia, hacer violencia a su naturaleza" (A. Lalande, Diccionario de Filosofía).

Aquí vemos ya la noción de ser algo opuesto a la "naturaleza" de las

cosas, pero en sentido más restringido, es un empleo **ilegítimo** o ilegal de la fuerza. “Cuando nosotros —leemos en Lalande— que vivimos sujetos a leyes civiles, estamos constreñidos a hacer algún contrato que la ley no exige, podemos, con la ayuda de la ley, reaccionar contra la violencia”. Estas ideas son de Montesquieu en **El Espíritu de las leyes** (*Esprit des lois*) haciendo la salvedad de que no sucede lo mismo con los soberanos y por ello es que más adelante haré la reflexión debida, respecto a que esa situación puede ser vista justamente lo contrario, de tal modo que soberanos o en el presente la entelequia que llamamos Estado, son los que violentan derechos y naturaleza en los hombres. Las fuerzas impetuosas se pueden usar para bien o para mal, así como las pasiones o los deseos violentos pueden servir al hombre para convertirse en aborrecibles destructores o en valientes benefactores. En consecuencia, el término violencia o el adjetivo violento, han tomado —según Blondel— nuevos y definidos sentidos especialmente a partir de Nietzsche y el sindicalismo revolucionario, las organizaciones políticas, la literatura de vanguardia, etc., se han puesto en rebeldía contra los frenos intelectuales y preconizan la “acción directa”, la reacción a la autoridad y la obediencia automática, etc., pues como piensa Camús, la rebelión se hace tanto contra la mentira como contra la opresión. Pensar así, creen algunos es dar justificaciones indebidas a posiciones doctrinarias políticas o movimientos insurgentes, lo que ya comentaré.

Violencia, desde la sociología, se admite como una característica **cultural** del hombre aunque se le señale también como contra-cultura según Yinger, pero si se le considera omnipresente en la historia de la humanidad, hay autores (Marvin E. Wolfgang y Franco Ferracuti) que la explican como una diferencia específica de la cultura generatriz. De este modo **“la violencia se nos presenta como una patología cultural de la que las sociedades rara vez logran escapar”** y según ellos mismos, **“el recurso a la violencia no se considera necesariamente ilícito y quienes la emplean, por lo tanto, no tienen que enfrentarse con sentimientos de culpabilidad por causa de sus agresiones”**. Así, pues, la violencia comienza a entenderse como algo inherente a **la sociedad** perdiendo un tanto su ilicitud, advirtiéndose que, aun considerándola una patología respecto a “la gran sociedad” —que personalmente entiendo como “sociedad ideal” y que por supuesto no existe— no se puede confundir con un estado anormal de los protagonistas de la violencia. Es más, con Baselga y Urquijo, comparto el criterio que exponen en **Sociología y Violencia**, cuando expresan que “limitar el estudio de la violencia al campo de los grupos marginados socialmente, que actúan fuera de la ley por sistema y que, de manera clandestina organizan su modo de combatir el orden existente equivale a ignorar todas las otras formas más o menos esporádicas de violencia que aparecen normalmente en todo tipo de poblaciones y en las más diversas circunstancias” (Ob. cit. pág. 25). La violencia, como veremos, se da en

muchas formas, aun en los que se consideran pacifistas y veremos también una “violencia intelectual a distancia” que puede hacer tanto más daño —ya que es mantenido— que el producto de una agresión física por un acto de violencia.

Volviendo a una definición o mejor, conceptualización filosófica, según Nicolás Abbagnano, violencia es acción **“contraria al orden o a la disposición de la naturaleza”**. Acude a la definición aristotélica que distinguió entre el movimiento **según naturaleza** y el movimiento por violencia, de manera que el primero lleva los elementos a su lugar natural y el segundo los aleja, con lo cual asienta que **violencia** está en oposición a la naturaleza de las cosas. Sin embargo no olvidemos que son conceptos dentro de la Física aristotélica íntimamente ligado también a la noción de fuerza física.

En una segunda acepción, Abbagnano dice: **“Acción contraria al orden moral, jurídico o político”**. Este es realmente lo que nos interesa por el momento, pero tampoco es lo exclusivo. Partiendo de esta acepción, pues, se habla de **cometer** o **sufrir** un acto de violencia, aunque también puede ser no **un acto** que presupone un momento pasajero, sino en mi criterio “una violencia de consecuencias mantenidas”, a veces cometidas en nombre de la ley y hasta por los que se autocalifican de pacifistas o también hombres de paz, de bien o de justicia. Es cierto que desde Nietzsche y sobre todo desde las **Réflexions sur la violence** de C. Sorel se hizo distinción entre **fuerza** como inherente a la sociedad burguesa (el **Estado** burgués) y la violencia del socialismo. Para este autor **“El socialismo debe a la violencia los altos valores morales con los cuales lleva la salvación del mundo moderno”**, posición fundamentalmente política, tal como la que adopta también Jean Paul Sartre en la **Crítica de la Razón Dialéctica**, filosofía que no contempla nivel ontológico sino conciencias individuales, el para-sí que lleva a la praxis. Por eso Sartre se pregunta **¿Cómo crear una sociedad en donde la praxis afirme su libertad por otro medio que no sea un proyecto revolucionario, es decir, por un medio distinto del combate y de la violencia?**. Aunque muchos no compartan del todo la filosofía sartreana, llama a la reflexión esta interrogante. **¿Cómo a veces cambiar el status de una sociedad, cuando envilecida y corrupta, pero con leyes puestas a su servicio para condenar toda rebeldía, se nos hace imperativo cambiarla? ¿Es que entonces los actos violentos, la violencia no admisible, es solamente de los que adversan un orden que no proporciona igualdad y justicia a todos? ¿Es la rebeldía, siempre condenable? Particularmente opino que no y el criterio es de muchos pensadores calificados. Así, Max Weber, al definir el Estado, dice: “El Estado es una comunidad humana que reclama (con éxito) el monopolio del uso legítimo de la fuerza física dentro de un territorio determinado... Así se considera el Estado como la única fuente del derecho a usar la violencia”**. En alemán, violencia es Gewalt, pero también Gewalt-samkeit o Gewaltat, siendo la segunda palabra la que usa Weber en su trabajo **Politik als Beruf**,

término que también podría traducirse por poder o imperio, pero es a violencia a lo que se refiere según el contexto que expone. De hecho, Weber se refiere a la fuerza ejercida por el Estado, la violencia de los sistemas legales de presión o control, por el Estado, como lo dice Russell es una especie de entelequia, que en última instancia no son sino un grupo de hombres que detentan el poder, sea adquirido por medios pacíficos o por la fuerza.

Otras definiciones, incluidas en diccionarios o dadas por autores, de una u otra manera explican que “es una **fuerza** que daña o abusa” incluyendo tanto el daño personal —injuria— como el daño a la propiedad. Todas, pues, se refieren al uso de la fuerza, así como resulta imprescindible al definir la violencia, hacer las distintas interpretaciones del adjetivo violento. La violencia, según el Diccionario de la Lengua Española, del latín **violentia**, le asigna cuatro acepciones desde “calidad de violento” hasta “acción de violar a una mujer”, pero resultando interesantes la dos y la tres, porque una dice “Acción y efecto de violentar o violentarse” y la otra “acción violenta o contra el natural modo de proceder”. Como vemos, todo termina por centrarse en la persona, en el yo, tal como lo creen hasta los orientales que dice claramente que la violencia reside en el yo y que es una energía empleada en agredir. En cuanto al adjetivo **violento** el citado diccionario expone hasta nueve acepciones que van desde “el que está fuera de su natural estado, situación o modo” hasta la “posesión violenta”. Todo se centra en el yo, como una característica que incluye al “genio arrebatado e impetuoso que se deja llevar fácilmente de la ira”. Es por eso que desde muchos puntos de vista se le considera un comportamiento que lleva implícito una fuerza o abuso de fuerza como lo consigna el Larousse. Así, en un informe oficial sobre la violencia en América (A Report to the National Commission on the Causes and Prevention of Violence, New York, 1969), la violencia es “**Un comportamiento destinado a infligir injuria física a la gente o daño a su propiedad**”.

Los autores de ese informe, según citan Baselga y Urquijo, comentan que tanto en colectividad como individualmente, podemos considerar algunos actos específicos de violencia como buenos, malos o neutrales según los protagonistas que los practiquen; igualmente que fuerza es un concepto más general ya que es “el uso o la amenaza de uso de violencia para obligar a otros a hacer lo que de otro modo tal vez no harían”. Ampliamos entonces hasta la “amenaza”. Empero, personalmente queda fuera de esto las secuelas de la violencia, especialmente cuando ésta es una injusticia en la vida de los hombres. Este es un criterio personal, pero creo que valdero. Una injusticia, especialmente “legalizada” (la “ilegal” deja la esperanza de repararse, la legal no) sigue causando daño material y moral casi de por vida. Quizá por eso desde la antigüedad clásica romana, Cicerón expresó: “**De dos maneras se puede caer en la injusticia: o con violencia o con engaño. La primera es más**

propia de los leones; la segunda, de astutas raposas; y entrambas muy ajenas de la generosidad del hombre, pero es más aborrecible la postrera”.

Por lo pronto, tenemos ya un concepto de la **violencia** que nos permitirá la reflexión filosófica y la extracción de conclusiones.

FILOSOFIA DE LA VIOLENCIA

La violencia es parte esencial del hombre y de su historia. Que es inherente a la personalidad, está demostrado por muchas otras disciplinas con rigor científico. Que la historia del hombre está escrita con sangre y con violencia, igualmente es una verdad histórica irrefutable. Empero, no es ni una exaltación ni un aborrecimiento irreflexivo lo que puede despertar en los que piensan sobre ella. Es sencillamente valorarla en su justa medida y, sobre todo, no querer esquivarla o ignorarla dándole la espalda a la realidad. La violencia está incluso consignada en los libros religiosos; la Biblia o el Korán son claros ejemplos, y hasta en la vida de Cristo, Mahoma o Buda, encontramos actitudes de violencia. Además, como bien anota Priscilla Cohn, la gente, incluyendo a los “pacíficos ciudadanos”, celebran alguna sonada revolución —como la Francesa o la Norteamericana— (y nosotros nuestra lucha de Independencia), indignándose si las calificaran de terrorismo y no de “lucha por la libertad”. Y es que, como transcribo textualmente de la autora citada, **“Desde el mismo momento en que se comienza a hablar de violencia, se plantea el problema de si algún acto, o serie de actos, de violencia son, o pueden ser, justificados. Habrá, pues, ciertas clases de violencia que son necesarias y, por tanto, moralmente aceptables, en tanto que otras clases de violencia no gozan de tal privilegio ¿debe condenarse siempre toda violencia? ¿Cómo llegar a una decisión al respecto?** Como vemos, existen diversas clases de violencias, las cuales, además, serán justificadas o privilegiadas o, también, condenadas o execradas, de acuerdo a las conveniencias o patrones culturales de una sociedad en una época determinada. Los grados de esa violencia son muchos y van, como dice el francés Jean-Toussaint Desanti, desde **“la violencia móvil del crimen hasta la violencia inmóvil de la orquídea”**, pasando por fases como el estallido, supuesto que estallar (estallar una revolución o estallar el rojo violento de una flor) que es tanto móvil como inmóvil. Esto concuerda con lo dicho antes de que no solamente puede cali-

ficarse de violencia **un acto**, una acción momentánea o suma de ellas, sino la violencia quieta de la injusticia o el engaño, cuyas secuelas perduran a veces mucho más. Así, autores como Newton Garver se ocupan de la violencia psicológica institucionalizada, la cual no solamente practican los gobiernos, sino como cita el autor, puede tener lugar en las escuelas, con los castigos, la esclavitud u opresión colonial o la vida en un ghetto. Y, aunque Priscilla Cohn no esté de acuerdo con esos ejemplos, porque la violencia no puede tener igual significado en una escuela que en un ghetto —ni material ni psicológicamente— no debemos olvidar que pese a todo el mundo civilizado de una u otra forma se ha ido humanizando y que muchos ejemplos de crueldad humana han ido desapareciendo, sin embargo nos adentramos en otros sistemas de vida que, tomados irreflexivamente también producen violencia y las acciones que produzcan temores o ansiedad —por ejemplo— o lesionen los valores que sustente una persona o grupo, también puede considerarse por lo menos como un “maltrato psicológico”. **“La violencia que ello implica —dice Priscilla Cohn— es la amenaza de violencia, pero no es violencia per se”.**

Considerado así el aspecto psicológico, el ámbito de la violencia es difícil de precisar. Por ello la autora cree una ventaja limitar el concepto de violencia **“al ejercicio de una vigorosa fuerza física”** porque existen claramente actividades violentas o que acarrear acciones violentas que no caen bajo el rótulo de **violencia**, por no llevar la intención de hacer daño. Para ella la noción de violencia implica por lo menos “el intento de causar daño” y en algunos deportes rudos como el rugby, el foot-ball, el boxeo, etc., y en el deporte esto no es la intención. Así cree que dar puñetazos en el boxeo, no es violencia porque no se viola ninguna regla, eso forma parte de las reglas del juego, aunque no excluye que algunas veces el foot-ballista (futbolista) o el boxeador deliberadamente quiera hacer daño. Por estas razones piensa que el toreo no es deporte y que todos los deportes en cuanto a deportes, no son rotulables de violentos. En este aspecto disiento de su opinión, ya que hemos asentado que el origen de la violencia está en el yo, no en las cosas, y que personas que tienden hasta con inusitado placer a los deportes violentos, son en el fondo seres violentos. Nuevamente repito, además, que no solamente implica violencia el uso de una fuerza física, sino que existen formas “inmóviles”, quietas, aparentemente “pacíficas” que realmente implican violencia.

Este, por demás interesante, se contempla en el aspecto social dentro de las teorías marxistas. Por eso John Harris en su ensayo **La Concepción Marxista de la Violencia**, se pregunta: **¿Son los hombres causalmente responsables de algún daño que hubieran podido evitar? ¿No cabe considerar ese daño como una forma de violencia?** Para manifestarse partidario de afirmar que sí en respuesta a esas interrogantes, el autor cita el concepto de violencia dado por

Lenín, cuando expresó que “el dejar que los trabajadores mueran prematuramente y de **modo innatural** a causa de insalubres condiciones de trabajo, es suficiente razón para que pueda hablarse de asesinato”. En consecuencia, dice Harris, hay que reconocer “**la eficiencia causal de las omisiones**” y Priscilla Cohn se refiere a un trabajo suyo, sobre **Eutanasia** donde “trata de demostrar que dejar que alguien muera (no hacer nada u omitir hacer algo) puede en ciertos casos ser peor (o más cruel) y, por tanto más censurable que matar simple y directamente”. Con esto los autores indican claramente una “violencia quieta o por omisión” o una violencia enmascarada como la de los jueces cuando dan sentencias injustas revestidas de aparente legalidad, que Hebert Marcuse, en su obra **Agresividad en la Sociedad Industrial Avanzada** califica de **super-represión** esto es “**la represión exigida no por el desarrollo y preservación de la civilización sino por los intereses creados que tratan de mantener una sociedad establecida**”. Todo, en consecuencia, dependiendo desde el punto de vista que se desee tomar, que denomina violencia a la reacción a noxas sociales, a la injusticia, a la corrupción, etc., pero estas a su vez no se consideran así, disfrazando sus intenciones con “valores” inauténticos al servicio de ciertas clases sociales.

Empero, seguir en esta ruta de contemplar la violencia en lo social y político, nos llevaría más hacia la sociología y la filosofía social que hacia la reflexión filosófica, la cual, sin pretender como en otras épocas, ir a la esencia de las cosas, pretende sí hacer luces en la estructura íntima de los hechos e ideas, como una epistemología interior en las ciencias.

Hasta aquí, nos ha llevado la reflexión a considerar la violencia como originaria en el yo, como actos de fuerza que van desde la “violencia inmóvil” o pacífica, hasta la agresión y el crimen, pero dando por descontado ser una característica cultural y psicológica en la historia de la humanidad y desde el punto de vista ético, a pensar, como haremos de seguido si algunos actos o conjunto de ellos calificados de violencia, podrán ser justificados o no.

Dimensión Ética de la Violencia

Lo primero que tenemos que asentar es que la violencia como tal, para buscar su justificación o repudio, para calificarla como un bien o un mal,

hay que encararla y analizarla debidamente, ya que en los terrenos que la contemplan socio-políticamente, las cosas nunca se aclaran, y práctica y teoría están a veces que franca oposición. Es así, que siguiendo a Priscilla Cohn, si admitimos que en este mundo y tal vez “en todos los mundos posibles”, la violencia ha prosperado y prospera, debemos contemplar si **“es posible o, en todo caso, deseable que la filosofía, al someter a examen la noción de violencia, contribuya a aminorarla, por lo menos mientras dura el examen”**.

Olvidándonos un poco de la violencia política y de las guerras veamos en este caso, si esa violencia manifiesta o reprimida en los jóvenes, y más al comienzo todavía, en los niños, debe ser combatida como un mal, o es una característica educable o encauzable para ponerla al servicio del progreso social del hombre. Como hemos visto, calificada de rebeldía, merece respeto y exaltación; vista como anormalidad en el individuo o contracultura en la sociedad, se le considera ilícita y perseguible. Tratemos, pues, de encontrar la verdadera dimensión ética de la violencia, adelantando mi criterio y el de muchos grandes pensadores, de estimar mucho más al hombre inconforme, rebelde y decidido a la lucha por ideales, que a los conformistas pacíficos que muchas veces practican una violencia disfrazada, hipócrita y más dañina en sus consecuencias.

De este modo, yendo a ejemplos conocidos en la historia reciente de la humanidad —que no debe calificarse en singular, sino decirse “las humanidades”— encontramos que actitudes pacifistas tipo Gandhi o Martin Luther King, aunque posiblemente nobles o bien intencionadas, resultan paradójicas. Así dice Gandhi: “He intentado evitar la violencia, deseo con todas mis fuerzas evitar la violencia. La no-violencia es el primer artículo de mi fe, y el último; pero debía elegir: o el someterme a un sistema de gobierno al que considero causante de un mal irreparable a mi país, o el correr el riesgo de desencadenar el furor de mi pueblo cuando le dijera la verdad”. Aquí se refiere a lo político; no sé si alguna vez le diría esa “verdad” a su pueblo, pero no olvidemos que Gandhi precisamente murió asesinado por uno de su pueblo.

Mas, continúa el credo de Gandhi: “La violencia es siempre violencia”. “La violencia es siempre pecado”. “La violencia no significa renuncia de lucha contra el mal, sino todo lo contrario. La no-violencia —al menos como la concibo yo— es una lucha más activa aún y real que la misma ley del talión, pero **sobre el plano moral**” (el subrayado es mío). Si analizamos los rasgos lógicos de este discurso, la contradicción es flagrante, ya que asienta el criterio de una lucha más activa que la ley del talión. ¿Conócese acaso una ley más violenta en la historia? ¿Cómo puede pensar que una lucha así no sea violenta? Pero lo más grave aún: colocar esa manera o estilo de luchar sobre el plano moral. Su moral y los suyos. Más adelante agrega “La fuerza de un hombre y de un pueblo está en la no-violencia. Haced la prueba”. ¿Es

que en toda la historia del mundo no se ha hecho la prueba?

No es necesario hacer notar las contradicciones. Incluso cuando Gandhi expresa cosas como esta “El amor es la fuerza más humilde, pero la más poderosa que dispone el mundo” y “el mundo está cansado de tanto odio”, está expresando un deseo de lucha, de cambiar, de convencer, que no es renunciar a la violencia. O a veces, soluciones sin sentido: “¿La bomba atómica?” dice, “Yo la afrontaría con un acto de oración”. ¿Podría el mundo acatar una solución así?

Estas posiciones, posiblemente son poéticas, edificantes como ideales, pero absolutamente no valederas. Podemos creer con él que “la no violencia es la más alta cualidad del corazón” o que “no creer en la posibilidad de una paz permanente es no creer en la **divinidad** de la persona humana”, pero al mismo tiempo considerar que resultan ilusiones o utopías. La contradicción es otra vez flagrante cuando en lo político expresa: “Con la no-violencia no pretendemos destruir a los capitalistas, sino destruir al capitalismo”. ¿Es que **destruir** puede ser una acción social divorciada de la violencia? El mismo Gandhi cree y lo expresa que “la no-violencia es el mensaje central de la Biblia” porque Cristo expresó en el Sermón de la Montaña un “dichoso los pacíficos”. Creo, como dije al principio, que tanto la Biblia como el Korán y cualquiera otro libro religioso, son ejemplos conspicuos de la violencia. Allí predomina una violencia fanática que solamente considera dignos de la vida y de un eudemonismo del más allá, a los que pertenecen a la secta.

En el otro autor citado, Martin Luther King, premio Nobel de la Paz y como Gandhi asesinado, expresaba que “La no-violencia no es una pasividad estéril, sino una poderosa fuerza moral que tiende a la transformación social”. No quiero extenderme tanto como con Gandhi, pero la paradoja está presente. Es fuerza moral que transforma, y el calificativo de moral no evita la violencia latente. Es cierto que los hombres podemos tener sueños de hermandad, pero los sueños son una cosa y la realidad otra. Tal vez por eso, hace siglos, Immanuel Kant, en su trabajo sobre **La Paz Perpetua**, comienza refiriéndose a la inscripción satírica que había colocado en su negocio un hostelero holandés: **A la paz perpetua**, debajo de una pintura que representaba un cementerio. Kant se pregunta: “¿Estaba dedicada a todos los “hombres” en general, o especialmente a los gobernantes, nunca hartos de guerra, o bien quizá sólo a los filósofos, entretenidos en soñar el dulce sueño de la paz?”.

“Quédese sin respuesta esta pregunta” dice Kant, pero pasa a referirse a que el político experimentado acostumbra orgulloso a desdeñar al teórico considerándolo un pedante inofensivo y lo deja jugar su juego sin preocuparse de él. Y así, la mayoría de las veces, los que se consideran **pacíficos** ciudadanos, desdeñan a los que como ahora hago, tratamos de clarificar las cosas, defendiendo muchas veces las personalidades que no encubren sus

deseos, anhelos o pasiones, con una piel de cordero. En este sentido, la intención pacifista sirve tanto para los mediocres como para grandes hombres como Gandhi y Luther King. Parece que al actuar así, los hombres renunciaran a toda clase de poder y ello no es cierto. Al respecto dice Bertran Russell en su obra **El poder en los hombres y en los pueblos** que la completa renuncia a todos los intentos de influir en los demás hombres, sea para bien o para mal, es una opinión que desde Lao-Tse ha tenido defensores a veces elocuentes y sabios, sostenida también por quietistas y místicos. muchos de los que consideraban la santidad personal, más como un estado mental que como una actividad. A ello enfrenta su opinión: **“No puedo estar de acuerdo con estos hombres, aunque admito que algunos de ellos han sido altamente beneficiosos. Pero lo han sido porque, aunque creían que habían renunciado al poder, en realidad solamente habían renunciado a él en ciertas formas; si hubieran renunciado a él por completo, no habrían proclamado sus doctrinas y no hubieran prestado beneficios. Renunciaron al poder coercitivo, pero no al poder que se basa en la persuasión”**.

Aquí encontramos ya una forma de ver que los hombres siempre por lo menos aspiran a influir en los demás, pero también vemos que la persuasión es un instrumento deseable. Todos los hombres sienten la necesidad de producir efectos sobre el mundo exterior, sea humano o no humano, y Russell agrega: **“Este deseo es una parte esencial de la naturaleza humana”**. Es por esto que, lejos de ser aconsejable combatir la rebeldía, la necesidad de cada individuo de diferenciarse y encarar el mundo a su manera —lo que se inicia en el niño— es aprovechable para persuadirlo a conocer —no a imponerle— unos valores sociales, humanos, sublimantes, objetivos, etc., que canalice su esfuerzo, su lucha, su deseo de cambio, de una manera positiva. Eso es realmente incorporarlos a la cultura y buscar la cooperación social, que es posible —dice Russell— **“respecto a las cosas buenas que son capaces de ser universales, como la buena construcción de los materiales adecuados, la salud, la inteligencia y toda forma de felicidad que no consista en la superioridad sobre los otros”**. Eso es realmente lo que debe intentarse, no aplastar la rebeldía. Doblegar, por ejemplo, la rebeldía en un niño, es comenzar a fabricar autómatas o eunucos mentales. **“Sobre el supuesto de que los hombres son corderos —dice Eric Fromm en El Corazón del Hombre— erigieron sus sistemas los grandes inquisidores y dictadores”**. Con este pensamiento presente, es prácticamente inadmisibles que la educación del niño y del joven pueda estar orientada a refrenar la rebeldía —la violencia innata— para fabricar corderos u hombres standar como pretenden los que dominan el poder. Aquí radica para mí la siempre disimulada actitud de exaltar la necesidad fundamental de la educación, pero realmente descuidarla en la práctica. El peligro donde radica es en las mediocridades en rebaño cuando usufructan el poder, porque como también acertadamente expresa Eric Fromm, **“el hombre ordi-**

nario con poder extraordinario es el principal peligro para la humanidad, y no el malvado o el sádico, esto último tal vez para acentuar lo que **“hombre ordinario”**. Lo que dice Eric Fromm, es lo mismo que expresó el Libertador en otras palabras hace más de un siglo atrás: **“el talento sin probidad, es un azote”**.

Pues bien, en la sociedad de hoy, los mediocres talentos sin probidad, desean que la escuela sea un instrumento de “crear” miles de “gemelos” al estilo de **El Mundo Feliz** de Aldous Huxley. Hombres hormigas programados para una sola actividad en la vida y sin capacidad de discernir ni de producir cambios, para que, mientras los poderosos conforman el “síndrome de decadencia”, no haya posibilidad de acción a los que crearían el “síndrome de crecimiento” que consiste según Fromm “en el amor a la vida (opuesto al amor a la muerte), el amor al hombre (opuesto al narcisismo) y la independencia (opuesto a la fijación simbiótico-incestuosa. Respecto a esto concluye Fromm: **“Sólo en una minoría de individuos aparece plenamente desarrollado uno u otro de los dos síndromes. Pero es innegable que cada individuo avanza en la dirección que ha elegido: la de la vida o la de la muerte, la del bien o la del mal”**.

Por eso, en el terreno de lo ético, convencido de que la ética no es disciplina normativa que fije los caminos a seguir o haga casuística de cosas malas o buenas para servir de baremo a las actividades humanas, sino que la ética, como disciplina práctica, crítico-normativa, lo que pretende no es decir lo que se debe hacer, sino —siguiendo las ideas de Hudson— **“ver qué es lo que los hombres hacen cuando hablan acerca de lo que deben hacer”**, nos lleva al conocimiento de que la rebeldía —la violencia innata en el hombre— es hasta cierto punto, no sólo esencial a su personalidad, sino la causa eficiente del progreso material y la superación espiritual del individuo y de la sociedad. **“Es —como dice Camus— el movimiento que alza al individuo en defensa de una dignidad común a todos los hombres”**.

Estas virtudes, adormecidas o vivaces en el niño, hay que conocerlas para fomentarlas y encauzarlas. La sociedad de hoy no puede (y precisamente ese es el error) conformarse con educar e instruir para la ciencia. Hay que hacerlo también para la virtud, que es darle la oportunidad de poner sus impulsos al servicio de ideales o valores sublimantes. Desde la antigüedad Sócrates señaló que la Ciencia y la Virtud se confunden en una única resultante: la sabiduría, y al citar esto José Ingenieros, en esa estupenda e inmortal obra **El Hombre Mediocre**, que para hacer el bien es necesario verlo, conocerlo. Por eso lo irritable del hombre sin probidad, aunque posea talento. Dice Ingenieros: **“El más ingenioso de los hombres sería detestable cuando pusiera su ingenio al servicio de la rutina, del prejuicio o del servilismo; sus triunfos sería su vergüenza, no su gloria”**. Y reflexiono entonces: ¿Es el rutinario, el perjudicado o el servil, un ser virtuoso por pacífico? ¿Es su no-

violencia algo positivo para él o para la sociedad? Claro que no. En cambio la rebelión es positiva, revelándole al hombre lo que debe defender, empezando por su propia dignidad. Es indudable, como señala Camus, que con las épocas y las civilizaciones, cambian las razones por las cuales el hombre se subleva y eso lo encontramos señalado con claridad en cada época histórica, desde los ilotas griegos hasta los obreros y los inconformes de nuestro siglo. Las razones serían muy diferentes, pero el sentir, el propósito y los logros serían casi los mismos. Camús señala que **“si bien podrían diferir con respecto a las razones de la rebelión, estarían de acuerdo sin duda alguna, en cuanto a su legitimidad”**. Nuestra sociedad es compleja y desigual. La justicia, el orden y la paz, son únicamente ideales perfectibles jamás alcanzados. La igualdad teórica que pretenden asentar las leyes, es pura teoría para encubrir tremendas desigualdades de hecho y en una sociedad así, la violencia se da en sus dos formas: la negativa, el crimen, la furia destructiva de valores, pero también la positiva, la que lucha por los más caros ideales que hemos consignado utópicos, entre ellos el más bello y grandioso: la libertad. Y la libertad, como concluye Albert Camús en la primera parte del **Hombre Rebelde**, **“la libertad de hecho no ha aumentado proporcionalmente a la conciencia que el hombre ha adquirido de ella”**. Por eso, desde la filosofía, cuando los hombres hacen y han hablado acerca de lo que deben hacer, tenemos la visión de la dimensión ética de sus actos, y cuando la violencia está puesta al servicio de las grandes reivindicaciones del hombre, casi podemos calificarla como una hermosa virtud.

LA EDUCACION Y LA VIOLENCIA

En muchas clases introductorias en la Universidad, sea en Filosofía o en Medicina, he expresado el pensamiento de Russell respecto a la finalidad de la educación. **“Enseñarles a los jóvenes a disentir racionalmente de las estupideces de su época”**. Con Unamuno he compartido el criterio de que los maestros o los profesores, aunque no aportasen nada nuevo, son los **hombres canales** a través de los cuales transmitimos la cultura de generación en generación, pero concebir al educador así, pasivamente, sería estancar el progreso espiritual del género humano. Es un mérito el transmitir y conservar valores, pero más lo es el incentivar a las mentes nuevas a la búsqueda activa del

conocimiento y al logro de una capacidad creativa igualmente nueva, distinguiendo, además, entre la educación del carácter y la educación de la inteligencia. A lo primero debemos llamarle propiamente educación; a lo segundo instrucción, pero deben ser aspectos que se complementan y que necesitan de un desarrollo armónico.

También es obvio, y lo señala Russell en su obra **Ensayos sobre educación**, que la educación que deseamos para nuestros hijos depende de nuestros ideales, de nuestras esperanzas, de nuestra manera de conceptualizar mundo y vida. Por ello habrá disparidades y cada uno pretende pensar que su criterio es el mejor y debe prevalecer. Por eso el pensamiento de Anatole France que he puesto de epígrafe a este trabajo: **“Suponemos dañinos a los que discurren de manera distinta a nosotros, y suponemos inmorales a los que no se atienen a nuestra moral. Suponemos escépticos a los que no comparten nuestras ilusiones, y ni siquiera nos preocupamos de saber si alientan otras”**. Esta manera de ver es propia de los hombres que ni tienen buena preparación —así hayan pasado por una Universidad— ni hayan recibido al menos un barniz de filosofía. Las mentes dogmáticas son mentes violentas negativamente. Quienes se encierran en sus creencias e ilusiones y no atinan a pensar si los demás tienen derecho a pensar o tener otras ilusiones, son mentes violentas negativamente, así proclamen la paz, la bondad, la justicia, etc. Son peores. Son falsos y peligrosos. Por eso el educador no puede ser dogmático ni pretender doblegar la violencia creativa. En vez de hombres canales, deben ser lo que piensa Russell: los guardianes de la civilización, de tal manera que, como dice el mismo autor **“uno de los fines primordiales de la educación infantil debiera ser la capacitación de hombres y mujeres para aprender las lecciones que ha de darles la experiencia”**.

Aquí, la reflexión no debe recaer en la educación como instrucción, sino sobre esa etapa de la infancia en la que realmente se educa para formar el hombre, cuya importancia es fundamental tanto desde el punto de vista médico como del psicológico y en la cual una educación errada, unos castigos indebidos, una represión mantenida, puede causar tanto daño como un virus, radiación u otra noxa agresiva en la vida embrionaria. Al pasar a feto y luego a niño, las malformaciones serán graves o fatales; así, los traumas psicológicos de esta primera infancia, de jóvenes o de adulto, serán también lesiones graves. Con esta educación, al componente genético de la personalidad, la educación obra moldeando el carácter y tal como lo consignara Heráclito y lo demostrara Freud, es el destino del hombre. **“La estructura del carácter —dice Eric Fromm— determina qué clases de ideas eligirá un hombre y determina también la fuerza de la idea elegida”**. Esto nos lleva, entonces, a ponderar lo importante de meditar profundamente, de planificar eficientemente y de saber sembrar ideales nobles, desde que el niño inicia su incorporación a la cultura de la época. Desde este inicio, debemos esforzarnos en

dosificar orientación, amor e instrucción para ofrecerlo a los niños, de tal manera que afectividad y conocimiento, sentimientos y habilidades, vayan encaminados a una formación integral. **“No hay más que un camino para el progreso —expresa Russell— en la educación como en todas las cosas humanas, y es el de la ciencia guiada por el amor. Sin ciencia el amor es impotente; sin amor la ciencia es destructiva”**.

Si la violencia la consideramos siempre un defecto; si el niño o el joven rebelde lo consideramos siempre como un inadaptado, si toda aptitud de inconformidad, de duda, de no aceptación de supuestas verdades consideradas así porque las ha confirmado el desprestigiado sentido común, jamás habrá en el educador o en los padres la suficiente dosis de amor para comprender y orientar. Generalmente las represiones se revisten de moralidad y con ese poder se violenta la mente del niño, estimando que la violencia es solamente la suya que no se adviene a nuestras ideas e intereses. Así crecerá apocado, sometido, y en vez de desbordar una violencia creativa, viril, soñadora, realizará una violencia solapada, retenida, un resentimiento que Sheler califica de autointoxicación y que él confunde con rebeldía. En realidad es rebeldía, pero como violencia negativa, realmente como cita Camús tomado de Sheler: **“la secreción nefasta, en vaso cerrado, de una impotencia prolongada”** que tal vez es la causa eficiente en el antisocial o criminal. Y si las cosas no son tan extremas, por lo menos, quien es impresionable por el poder, nunca tendrá espíritu crítico y jamás será un rebelde creativo o un revolucionario. Si alguien hubiese aplastado la rebeldía de niño y de joven de Simón Bolívar; si un maestro como Simón Rodríguez no hubiese puesto ideales en su vida, si sus estudios hubiesen sido en la “Real y Pontificia” Universidad de Caracas, posiblemente o casi con seguridad no habría llegado a ser el primer revolucionario del mundo y el Libertador de cinco naciones. Bello y Vargas, dos contemporáneos que recibieron la opresión de aquella “casa de estudios” anacrónica, retrasada en siglos del mundo civilizado, a los que me he referido en un trabajo sobre Vargas, **pensador**, tampoco hubiesen sido lo que fueron en distintos campos del quehacer humano que toma relieves extraordinarios en el marco de la historia. Como expresa Charles Tilly, **“para los historiadores, sólo la violencia que logra proporciones revolucionarias, tiene significado histórico”**. Sin embargo, los hombres que llegan a producir estos cambios, no tienen esa genialidad como un don divino que hace su repentina aparición, sino que es el producto de una vida y unas ideas, en la cual —como vida— propició una inconformidad creciente con las circunstancias, y en las cuales —como ideas— hay un germen de violencia positiva que va trazando el destino; esto no sucede así, obviamente, con la gran mayoría de los que se conforman con la mediocridad o con el anonimato histórico, mientras sus necesidades elementales les sean suplidas.

Existe en los hombres, sociológicamente y filosóficamente, una violen-

cia primaria o primitiva, que casi siempre es negativa, pues su manifestación es en las cosas más intrascendentes, primitivas, denigrantes a veces y muestra de un pensamiento dogmático y nada creativo. **“La violencia primitiva se da —dice Baselga y Urquijo— cuando dominan las luchas entre familias, las pendencias entre los miembros de gremios rivales y los ataques mutuos entre grupos religiosos hostiles”**. Un caso extremo —según Hobsbawn— es el bandidaje.

Esta clase de violencia como vemos, jamás tendrá valor alguno excepto para explicar las actitudes absurdas de grupos o sectas, o por qué no, los bajos encuentros en la vida pública entre los miembros de partidos políticos que solamente consideran la patria como campo de batalla y pocas veces como un bien común por el cual se justifican los mejores esfuerzos y las más dignas renunciadas. Y es en una sociedad como la nuestra, sometida a la violencia primitiva de los partidos —lo que desdice de la calidad intelectual de los contendientes— en la que resultaría más peligroso combatir la violencia positiva, la rebeldía con causa, el inconformismo creador y de cambio. Por darse esta realidad en nuestro país, es por lo que muchas veces encuentro explicación —jamás justificación— el deterioro paulatino de nuestra educación por carencia de recursos económicos, quizá como una política disfrazada o simulada, pero con una firme intención deformadora por parte de la alta dirigencia política y por los detentadores del poder económico.

Esa, precisamente, era la idea del Gobierno Español con respecto a la instrucción y educación en las colonias. Por ello aquella Universidad “Real y Pontificia” retrasada en siglos al pensamiento universal y totalmente ineficiente en la enseñanza, a excepción del dogma religioso castrador de conciencias. Fueron otros factores, que no viene al caso clarificar aquí, lo que propició la aparición de hombres como Bolívar, Bello o Vargas.

Por eso, la contrapartida más constante, el arma más idónea para cercenar conciencias rebeldes, lo fue indudablemente el castigo, la represión terrible y constante, la mutilación del menor astibo de libertad intelectual.

El castigo, siendo una manera de reforzar o recompensar las actitudes de rebeldía sin distinguir alguno, desde la aurora de la humanidad, según los sociólogos sigue siendo “la técnica más común en el mundo moderno como control social”. Y como tal control, es expresión de poder o del poder de pocos o muchos. Por eso, aunque se ha tratado de cambiar por la censura, desaprobación, represión o expulsión, el castigo —como castigo físico que implica también agresión moral— sigue vigente y, **“el grado en que utilizamos el castigo —según Skinner— como técnica de control parece estar limitado solamente por el grado en que poseemos el poder requerido”**.

En consecuencia, siendo el castigo técnica anticuada que toma nuevas perspectivas en el mundo de hoy, plantea tantas interrogantes que, según el

mismo Skinner, al responder a ellas llegamos a la conclusión de que el castigo tiene **desafortunados subproductos**, ocasionando perturbaciones desfavorables tanto para el organismo castigado como a la instancia que castiga. **“Los estímulos adversivos —expresa Skinner— que se precisan (en el castigo) generan emociones, las cuales incluyen predisposiciones a evadirse o tomar represalias, y angustia que crea conflictos”**.

Esta situación en la educación de los niños y los jóvenes, como vemos es realmente un problema que trata de encararse y resolverse de la mejor manera posible. Todavía no existe criterio universal al respecto y siempre ha habido posiciones contradictorias. Así, según lo observa Russell, la idea de dejar en libertad la naturaleza está asociada con Rousseau y, sin embargo, en su **Emilio** aboga en ocasiones por muy severos castigos.

Precisamente, uno de los libros más interesantes y amenos que he leído y recomiendo leer, es **Ensayos sobre Educación** de Bertrand Russell, a cuyas ideas en el capítulo IX sobre Régimen de Castigos me adhiero casi totalmente. Para este filósofo que vivió las realidades que siempre analizó **“el castigo tiene una importancia secundaria en la educación”**, Y TANTO PADRES COMO MAESTROS deben partir de una premisa: en la relación entre educando y educador, como entre padres e hijos, la relación de amor no es un **deber**, debe ser una conquista, el establecimiento de un nexo espiritual firme y duradero que garantice la comunicación efectiva y afectiva. **“Yo creo —dice Russell— que padres razonables tienen hijos razonables. Los niños deben notar el cariño de sus padres; no el deber y la responsabilidad, que ningún niño agradece, sino amor profundo, que se deleita con la presencia y las gracias infantiles”**. De seguido va dando ejemplos de experiencias notables y respecto a la instrucción totalmente opuesto a aquella antigua concepción de que la letra entra con sangre, aplica algo parecido al juego de lo toma o lo deja como recomienda también para la alimentación. Cree sí que no se puede educar sin elogios y censuras, pero utilizados con mucha precaución, evitando en primer término las comparaciones. Para muchas cosas que deseamos inculcar como conducta al niño, no debe esperarse la manifestación de una conducta negativa, como por ejemplo, en la crueldad con los animales. Así dice: **“Es muy mal sistema el esperar hasta el momento en que sorprendamos a un niño torturando a un animal para proceder entonces a torturar al niño. Lo único que se consigue con ello es que el niño se arrepienta de haber sido sorprendido”**. En cambio, si hemos vigilado sus primeras manifestaciones, si le hemos enseñado respeto a la vida, si hemos ejemplificado el amor hacia los animales, el amar la belleza, la libertad de los pájaros, etc., difícil es que ese niño así preparado, pueda sentir la necesidad de crueldades con los animales.

Por este y muchísimos otros ejemplos, Russell concluye en que el castigo corporal no es admisible nunca. Así dice: **“En formas suaves no es reco-**

mendable, aunque no sea mucho el daño; en formas severas estoy convencido de que engendra crueldad y brutalidad”.

En todo esto, hay una profunda reflexión filosófica y una aplicación práctica de la psicología. Realmente necesitamos reflexionar sobre nuestras propias experiencias y los resultados del castigo, para entrever al principio y luego ver claramente, de cuanta razón hay en Russell al expresar que conseguir el cariño sincero de los hijos es una de las más grandes alegrías de la vida. Y eso mismo cuenta para el maestro o maestra que, después de ganar el cariño de los niños, se tiene el camino expedito para su orientación cabal. **“Mientras se persistió en la idea de que el amor podía exigirse —dice el filósofo inglés— como un deber, no se hizo nada para ganarlo como una emoción sincera. A consecuencia de ello las relaciones humanas fueron rígidas, duras y crueles”.**

En consecuencia —expreso yo— el castigo puede frenar una rebeldía positiva, creativa, de cambio promisorio, por una rebeldía negativa, destructora y revanchista. Aunque no es objeto de estas consideraciones, igualmente podría sugerir como contrapartida del castigo, por una parte la utilización del más bello y noble recurso a los grandes problemas humanos: el amor, sino, también, la idea russelliana de singular importancia en la educación; producir el hábito de la veracidad, entre los tantos valores que es imprescindible inculcar en la infancia. Vivimos una sociedad resquebrajada fundamentalmente por eso: la mayoría se ofende con la verdad, pero aceptan complacidos que se les mienta. La verdad indigna falsamente; pero la mentira complace y los hace conformes, muchas veces cómplices por omisión y en consecuencia igualmente violentos, pero con una violencia negativa, funesta, anticreativa y hasta obscena.

Como el castigo tiene a veces que ir asesorado de ciertas explicaciones, eso que algunos llaman culpa, vergüenza o pecado, es uno de los aspectos más ineficaces y absurdos. Russell ha dicho en otros trabajos que la peor noción inculcada a los seres humanos es la noción de pecado. El castigo severo que origina esa falta, indudablemente puede tener el efecto inmediato de debilitar una tendencia, pero como dice Skinner, **“el castigo no elimina la conducta castigada y el efecto temporal que con él se consigue ha de pagarse a un precio muy alto, puesto que reduce la eficacia total y la felicidad del grupo”.**

Como vemos, difícil problema este aspecto de la educación en relación a la violencia. Creo que espíritus selectos, como Leonardo da Vinci, erraron en sus apreciaciones. El genio del Renacimiento expresaba que **“quien no castiga el mal, ordena que se haga”** pues son dos acciones que necesariamente no deben ir seguidas una de otra, pero puede ser un resabio de enseñanzas bíblicas incomprensibles hoy, tal como el proverbio **“las heridas cruentas purifican el mal, y los golpes, el fondo de las entrañas”**. Prefiero en cambio el

antiguo criterio de Ovidio, como un tratamiento o una transición para un criterio mejor; **“El que castiga, debe tomarse tiempo para ello; y ser veloz para premiar”**. Lo del tiempo que se toma lo interpreto como reflexionar bien, que es lo que a través de los siglos ha hecho el hombre, para llegar a la conclusión de que solamente vale la pena premiar. Y más curioso todavía. Un filósofo injustamente catalogado como violento al punto de considerarlo promotor a distancia de las ideas del nacionalsocialismo alemán (el nazismo), tal es el caso de Nietzsche, defendía en cambio todas las vitalidades creativas del hombre y llegó a expresar que, **“por lo que más castigados somos, es por nuestras virtudes”**.

Castigar la virtud, es parte de la historia de la Humanidad y parte de la historia de la violencia de los poderosos contra la rebeldía de los hombres que no se conforman con ser nuevos ilotas en una sociedad profundamente injusta que disfraza sus propósitos.

Y en la medida que un freno irreflexivo pongamos a la rebeldía sin malicia del niño y de los jóvenes, en esa medida estaremos contribuyendo a acentuar las diferencias, las mentiras, las vanidades, las corrupciones materiales y morales, que cada día minan la estructura social, desmembran el núcleo familiar y nos ponen a las puertas de un holocausto nuclear. En los niños que educamos hoy, está a corto plazo —no a largo plazo— el futuro de la patria y el mundo. Tenemos que pensar prospectivamente y no sobre un mañana lejano, sino sobre lo futurible, lo que será realidad apenas al paso de unos 15 años.

CONCLUSIONES

Las limitaciones de tiempo, hace que estas consideraciones resulten apenas una introducción a tan importante tema. No olvidemos cuantos aspectos o facetas de la existencia humana —escrita con sangre tratando de doblegar voluntades— es posible enfocar, pero que, me he dedicado a examinar ese germen de rebeldía, esencial a la especie, que puede ser positiva o negativa en el niño y el joven. Hay un ejemplo poético, porque ese personaje fue él mismo poesía. Juan Ramón Jiménez, el de la prosa florida y bella como ninguna en **Platero y Yo**, o en su riquísima producción poética, según confiesa, de niño, antes de saber leer y escribir, ya realizaba la belleza de la

poesía, pero en su adolescencia, en la blanca maravilla de Moguer que inmortalizó en su obra, el joven adolescente, entre los trece y los dieciséis años, era violento, terrible, quizá malo como él mismo se lo pregunta. Le fascinaban las escopetas y su violencia y habilidad mal encauzada hizo mucho daño en los alrededores. “Mataba por matar —expresa en **Vida y época**— gorriones, mirlos, jilgueros, chararices, palomos, cuervos, gallinas, gatos. Hasta la pobre tortura griega le di un tiro en la concha, que por fortuna no le saltó más que una capa de carey”. Igualmente era irascible hasta por un tic que tenía una primita suya y que él consideraba un defecto de capricho. Y fueron las circunstancias y algunos consejos bien dados, lo que cambió su ruta y no el castigo, para tomar la senda milagrosa de la poesía que lo condujo a la gloria y al Nobel. De aquel adolescente rebelde, son estos versos del hombre ya maduro:

**Mi frente tiene luz de luna; por mis manos
hay rosas y jazmines de algún jardín doliente
mi corazón da música lejana de pianos
y mi llorar es agua nostálgica de fuente...**

Posiblemente un castigo irreflexivo, no hubiese enseñado este camino de bondad y de belleza y nos hubiese privado a todos de uno de los más eximios cantores y poetas de la grandeza humana.

Concluyo entonces:

1. La violencia es inherente o esencial a la vida del hombre.
2. La violencia es originaria en el yo y característica fundamental de la personalidad.
3. Los espíritus sumisos y mediocres, estancarían el progreso de la Humanidad y condicionarían la presencia del déspota y de la injusticia.
4. La rebeldía es causa eficiente del progreso.
5. Existe la violencia negativa (necrófila) y la violencia positiva (biófila). La primera es repudiable o combatible; la segunda es encauzable.
6. Existe también la violencia solapada o hipócrita, más dañina en ocasiones. Es una forma de violencia intelectual a distancia.
7. La persuasión y no el castigo, es una forma de poder para encauzar la violencia positiva.
8. Es necesario educar e instruir para la ciencia, pero igualmente necesario lo es para la Virtud.
9. Niñez y adolescencia, es el único tiempo aprovechable para la siembra de valores sublimantes.
10. Filosofar sobre la Violencia, es comprender verdaderamente al hombre y tener la oportunidad de señalarle horizontes de grandeza y felicidad.

Y recordemos siempre esta sentencia:

“De la fuerza a la injusticia, no hay más que un paso”

CONFUCIO